

OPERACIONES ANFIBIAS. LOS DESAFIOS ACTUALES

Julio Alarcón Saavedra
Capitán de Fragata IM

Introducción

*L*as operaciones anfibias, al igual que sus gemelas en fundamento, no así en nacimiento, las operaciones aerotransportadas, alcanzaron su punto culminante –en cuanto a importancia y especialmente en cuanto a la ventaja que su ejecución representaba en el marco de una determinada maniobra estratégica– durante la Segunda Guerra Mundial. Aún así, en Corea volvieron a utilizarse en forma exitosa, por cuanto las condiciones que valorizaban su empleo en la anterior guerra estaban todavía vigentes: control del mar y superioridad aérea indiscutible del atacante, en un marco de guerra convencional.

A partir de ese entonces la dinámica de los acontecimientos mundiales, matizada por un sinnúmero de guerras menores, ha introducido tal cantidad de cambios en los diferentes niveles y aspectos del quehacer bélico, que es conveniente efectuar un análisis y determinar si realmente este tipo de operaciones, en concepto, doctrina y técnica de ejecución, ha sabi-

do adaptarse con igual rapidez y eficiencia al desafío impuesto por este factor ambiental tan cambiante y en permanente evolución.

Consideraciones generales

Si pretendemos visualizar la operación anfibia de la década de los años ochenta, transplantando un modelo tipo Okinawa o Normandía, con una fuerza de desembarco integrada por cuatro o cinco divisiones empeñadas en estrecho contacto en la conquista de la cabeza de playa, habiendo desembarcado en playas continuas entre sí, realmente no es de extrañar que se alcen voces cargadas de excepcionalismo que cuestionen vehementemente la factibilidad de ejecutar dichas operaciones. Incluso, en un planteamiento similar –guardando las justas proporciones– aplicado a potencias secundarias u otros países con capacidad anfibia, tal modelo es igualmente resistido, y –en este caso– con algunas razones muy valederas.

Se dice, por ejemplo, que la operación anfibia es sumamente compleja, lo cual es

cierto. Es imposible para un enemigo defender todas las zonas costeras. Más bien, la complejidad de la operación debe ser planteada en términos que los medios que en ella intervienen no sean producto de la improvisación. Su estructuración, equipamiento y alistamiento operativo, deben ser fruto de lo que podríamos llamar una *conciencia anfibia*, cultivada desde tiempos de paz. Una rápida movilización de buques mercantes y de medios de desembarco, para atender una súbita inspiración anfibia, exigirá una contrapartida de incremento del conjunto de los medios de la flota, lo que es prácticamente imposible.

A las operaciones anfibias se les atribuye otras desventajas: caras, vulnerables, ineficaces, factibles sólo en base a una abrumadora superioridad de medios. Pero el costo de estas operaciones sólo puede ser comparado con respecto a sus beneficios, al obtener un determinado objetivo estratégico, es decir, mediante la razón costo-eficacia. Bien concebidas y desarrolladas arrojarán elevados dividendos. Por otra parte, el esfuerzo anfibio aplicado en su momento no debe resultar excesivamente costoso. Esto implica un concepto de oportunidad. La operación anfibia no debe ser aquella a la que se recurre en última instancia, o como solución a una serie de anteriores acciones frustradas.

Características de los conflictos actuales y el rol de las fuerzas anfibias

Es un hecho que, si bien los grandes bloques políticos existentes en el mundo se preparan y gastan ingentes recursos en el alistamiento para la confrontación nuclear, o para disuadirla, si así se desea expresar, los conflictos bélicos acaecidos desde la última Guerra Mundial han sido

generalmente a objetivo limitado. Las proyecciones derivadas de lo que ocurre en la actualidad no se apartan substancialmente de estas líneas, sin descartar la probabilidad de ocurrencia del conflicto final. Los dos grandes adversarios miden sus fuerzas y buscan la obtención de objetivos parciales en otros escenarios, en un marco convencional. Estos objetivos muchas veces son logrados sin llegar al choque armado, mediante la presencia o demostración de fuerzas. En otras oportunidades el choque se produce, sin que se llegue a la escalada, ya sea por la intervención de otras potencias u organismos internacionales, o bien porque el empleo de la fuerza forma parte de una maniobra político-estratégica mucho más amplia.

La estrategia adoptada es polifacética, no incluye necesariamente el uso de la fuerza y, si lo hace, no son las torres o alfiles los que chocan en el primer contacto, sino los peones representados por los terceros alineados ideológica, política o económicamente. Pero hay una cosa clara: si en este contexto los grandes deciden emplear su herramienta bélica, lo efectúan en base a una política del *fait accompli*, para lo cual se acciona en un marco de oportunidad, rapidez y, normalmente, impunidad. Esta trilogía es imitada también por las potencias secundarias o Estados con la capacidad para aplicar el recurso de las armas a su problemática particular. La oportunidad, en este caso, está dada por la libertad de acción política, en un plano, y por la posibilidad de obtener sorpresa estratégica, en el otro. La rapidez consistirá en la capacidad de alistar, concentrar, desplegar y accionar con la fuerza, en un tiempo tal que produzca un verdadero efecto de *shock* sobre el adversario. Finalmente, la pretendida impunidad consistirá en la capacidad —y también la habilidad— para poder desprenderse en forma pronta



MISION DE DESEMBARCO CON AYUDA DEL MIFASS
(SISTEMA INTEGRADO DE APOYO DE FUEGOS Y APOYO AEREO
DE LA INFANTERIA DE MARINA)

del compromiso adquirido, mediante un repliegue rápido y flexible de la fuerza, evitando así la escalada y dejando abierto el campo a las negociaciones, si así se requiere, o bien al accionar bélico en otra escala, momento y lugar.

Para desenvolverse en pos de sus objetivos, en el medio anteriormente descrito, los Estados han debido conformar y alistar fuerzas que reúnan características muy particulares. Dentro de éstas podemos mencionar: la disponibilidad de los medios en todo momento, con un alto grado de alistamiento operativo; una sobrepotenciación cualitativa, en vez de una mayor dimensión cuantitativa; alta movilidad estratégica y táctica; y una planificación permanentemente actualizada con respecto a las situaciones de contin-

gencia previsible. Sin profundizar demasiado en las características de los ejércitos actuales, las condiciones antes señaladas podrían obtenerse en base, fundamentalmente, a fuerzas anfibas o aerotransportadas o, lo que es mejor, una combinación de ambas. La Fuerza de Despliegue Rápido Norteamericana responde a esta concepción. Otras potencias europeas hacen otro tanto con sus Fuerzas Anfibas de Intervención Inmediata, y al igual que ellas ciertos países con intereses marítimos; amenazas presentes o latentes y capacidad anfibia.

La organización de una fuerza así estructurada no descarta, por otra parte, su empleo en una situación de conflicto que incluya la escalada. En este caso constituye una anticipación del esfuerzo

principal, sea éste dirigido contra el mismo objetivo o en otra dirección. En cualesquiera de los casos llevan en sí la esencia de la iniciativa; es más, de todos los tipos de iniciativa reconocidos.

En todo este contexto cabe considerar una distinción entre el asalto anfibio contra una costa más o menos organizada defensivamente, y la operación anfibia que podríamos llamar de intervención. En una serán necesarias fuerzas y medios proporcionales a la resistencia enemiga prevista y, naturalmente, espacios de tiempo más largos para su planeamiento. En la operación de intervención, por el contrario, una Fuerza de Tarea Anfibia relativamente pequeña, con una Fuerza de Desembarco reducida –aunque bien dotada y entrenada– puede alcanzar objetivos totalmente desproporcionados a su entidad, planeando y ejecutando la acción en plazos de tiempo muy cortos. La misma operación, realizada un tiempo más tarde, será un asalto anfibio en toda regla, con el empleo de una fuerza muy superior.

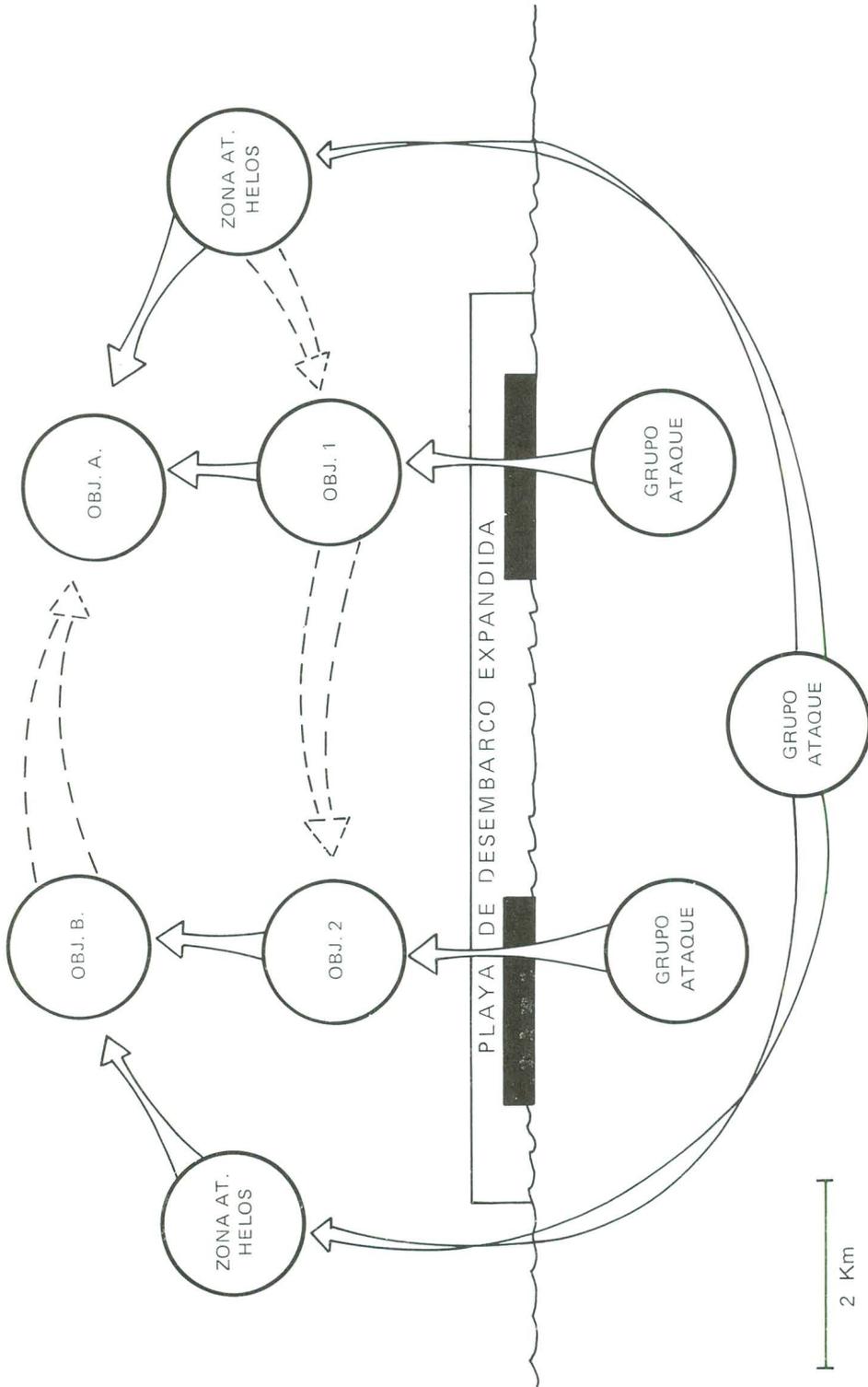
Finalizando este punto resulta útil reiterar el importante rol que, en el contexto de la disuasión político-estratégica, le corresponde a las fuerzas anfibias. En países con una gran extensión de litoral, el hecho de que los potenciales adversarios cuenten con capacidad anfibia crea de inmediato una vulnerabilidad para esa dilatada frontera marítima. Si el desarrollo de las operaciones no exigiese la concreción de un asalto anfibio nada se pierde o malgasta, ya que en definitiva la amenaza permanente de las fuerzas anfibias obliga al enemigo a desarrollar un esfuerzo considerable de fortificación y despliegue de fuerzas sobre sus costas. Estas fuerzas serán restadas de los lugares de la decisión.

Las fuerzas anfibias en la guerra moderna

A nivel de las grandes potencias debemos considerar que las fuerzas anfibias actuarán en un ambiente nuclear. En este caso hay que partir de la premisa que previo al intercambio nuclear, durante o –lo que es más probable– después de él, se realizará operaciones bélicas con medios convencionales. No podría ser de otra forma, considerando la cantidad de recursos que ambos bloques emplean en el desarrollo de estas armas y en el mantenimiento de enormes ejércitos apoyados con ellas.

Si establecemos una comparación entre la vulnerabilidad en el despliegue de las fuerzas anfibias, con respecto a las fuerzas terrestres, nos daremos cuenta que las primeras, al contar con la movilidad y las posibilidades de dispersión que da el medio marítimo, serán mucho menos vulnerables que las fuerzas enfrentadas en tierra. Su misma capacidad defensiva en el mar permitirá neutralizar en un mayor grado los vectores portadores de la amenaza nuclear.

Naturalmente, este cierto grado de invulnerabilidad comparativa tiende a disminuir cuando las fuerzas anfibias se aproximan a sus áreas de objetivo. La alta concentración de los medios navales en las áreas de desembarco representa un importante factor de vulnerabilidad, si se mantuviera los esquemas doctrinarios tradicionales. Sin embargo, existe un nuevo enfoque al respecto. Enfoque que no se aparta de la doctrina anfibia, pero que sí se adapta con nuevas técnicas, avaladas con medios más modernos, al desafío que impone esta realidad.



ASALTO ANFIBIO EN PLAYA DE DESEMBARCO EXPANDIDA.
LA MOVILIDAD TERRESTRE Y AEREA PERMITEN FLEXIBILIDAD EN EL ESQUEMA
DE MANIOBRA Y DISPERSION EN EL AREA OBJETIVO

Para los clasicistas de la guerra anfibia, el ejemplo de Okinawa, con sus cuatro divisiones al asalto de las playas, es obviamente la esencia de las operaciones anfibas. Sin embargo, para un criterio moderno y en la situación que analizamos, esa operación sería tan controvertida y de tan funestos resultados como la carga de la caballería ligera. En la actualidad, la mayor unidad que desembarca en una playa es un batallón de asalto anfibio, es decir, un batallón de infantería de marina al cual se le ha agregado una serie de apoyos de combate y de servicios, que lo capacitan para ejecutar su misión anfibia. Una operación de cierta envergadura consistirá en una serie de desembarcos de este tipo de unidades, efectuados en playas relativamente separadas. Por estas brechas abiertas en el dispositivo enemigo es por donde han de penetrar unidades rápidas del ejército, para dominar amplias zonas en el menor tiempo posible.

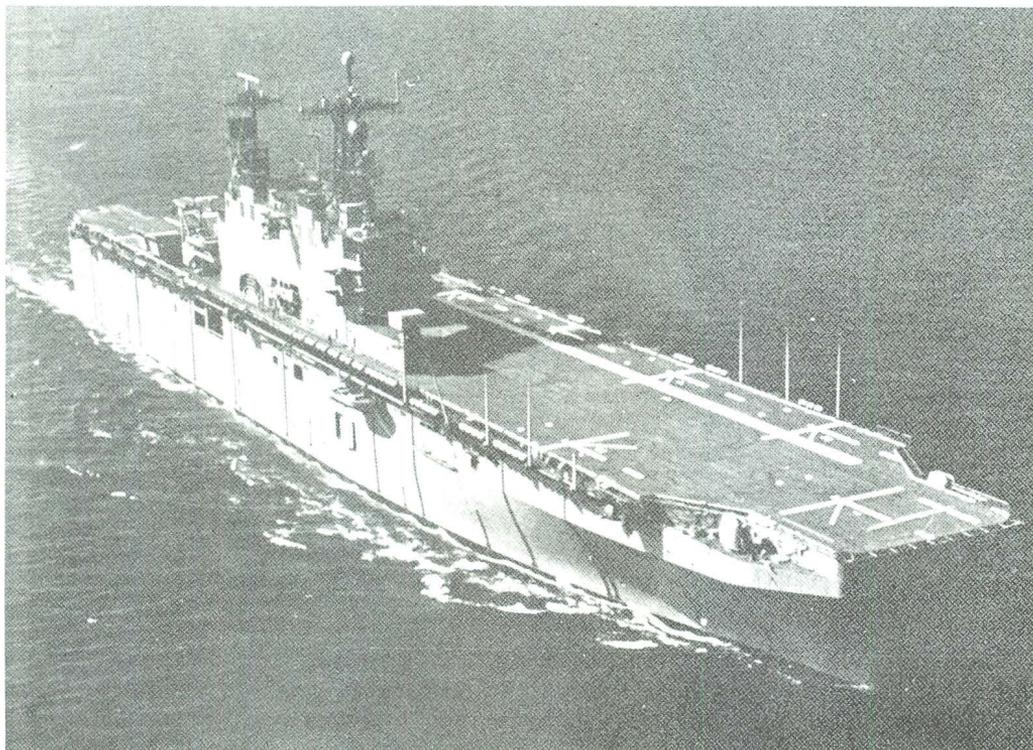
En cuanto a la organización en la zona marítima, con la tradicional concentración de medios navales, además de la amenaza nuclear existe el problema de que la reacción de la costa hacia el mar –en términos de armas convencionales– es sin duda mucho más eficiente al contarse con la posibilidad de empleo de misiles superficie-superficie, ya sea montados en plataformas terrestres o flotantes. Si se considera que, en condiciones normales, un buque anfibio del tipo LSD suele efectuar el lanzamiento de sus vehículos anfibios (LVT) a una distancia aproximada de 1.200 metros de la playa, fácil es comprobar el grado de vulnerabilidad de ese buque ante un armamento complejo. Ubicarlo más lejos afectaría el tiempo de duración del movimiento buque-playa, y tendríamos así que un vehículo anfibio tipo LVTP-7 lanzado fuera de la distancia de los misiles superficie-superficie de alcance medio –veinte

millas– demoraría aproximadamente tres horas en llegar a la playa, lo que no es aceptable.

La respuesta a este problema ha sido una mezcla de nuevas técnicas de lanzamiento y medios más veloces. Se ha buscado desarrollar vehículos anfibios, como el AALC norteamericano, con velocidades de hasta cincuenta nudos, los cuales serían lanzados fuera del horizonte con respecto a la costa. Al mismo tiempo, los buques anfibios han dejado de lado la condición estática propia del lanzamiento al mar de dichos vehículos, efectuando ahora la llamada *técnica de lanzamiento a gran velocidad*. A través de ella, e incluso aceptando efectuar dicho lanzamiento con vehículos anfibios del tipo LVTP-7, a 1.200 metros de la playa podríamos tener 1.200 infantes de marina asaltando la playa ocho minutos después del lanzamiento de las LVTP-7, partiendo desde dos buques anfibios del tipo LSD. Cuando el asalto ocurriera, dichos buques ya estarían bastante lejos de la costa.

En resumen, las técnicas modernas buscan una disminución de la concentración y del tiempo de permanencia de los medios en el área de desembarco, en lo que vendría a ser una versión mejorada de la técnica del escalón de mar.

Faltaría referirnos, ahora, a la movilidad que requieren las fuerzas anfibas en procura de sus objetivos terrestres. En este aspecto también deberíamos olvidar las imágenes de la Segunda Guerra Mundial, con la fuerza de desembarco derrochando sangre y sudor tras las defensas de playa en Omaha o combatiendo en forma denodada por cada escondrijo japonés en Iwo Jima. Sin descontar que habrán operaciones en las cuales se repetirán estas circunstancias, las fuerzas anfibas



LHA-1 "TARAWA", CON CAPACIDAD DE APOSENTAMIENTO PARA UN BATALLÓN DE ASALTO ANFIBIO, GRAN CANTIDAD DE VEHÍCULOS ANFIBIOS Y DE OTROS TIPOS, Y UN HANGAR PARA 6 HELICOPTEROS TIPO CH-53, 18 CH-46 Y 4 UH-1

en la actualidad van tras una creciente tendencia a la mecanización. Detrás de esa tendencia hay un sinnúmero de factores que la impulsan, partiendo de la ya enunciada necesidad de disminuir la concentración y los tiempos, y de potenciar una fuerza relativamente menor que la capacite para alcanzar objetivos de mayor significación. En un plano netamente táctico, la mecanización aumentará la potencia de choque de esa fuerza.

Esta necesidad real de movilidad no debe crearnos un criterio distorsionado, pretendiendo que en las operaciones anfibias la panacea será contar con una fuerza de desembarco totalmente mecanizada, ya que se puede caer en un exceso demasiado costoso. Es más, se entraría a

pensar con un criterio más bien terrestre y no anfibio. Es justo y conveniente aproximarse a la mecanización, pero en forma acorde con las reales necesidades de empleo operativo de las fuerzas anfibias, en el marco estratégico particular de cada país.

El envolvimiento vertical es en el fondo una respuesta a la amenaza nuclear, al posibilitar un lanzamiento a distancia de la costa y desde plataformas dispersas en el espacio, no así en el tiempo, pero también debe ubicarse en el mismo contexto anterior.

La capacidad para realizar el envolvimiento vertical implica grandes ventajas. En un asalto anfibio constituye la maniobra

táctica por excelencia, reduciendo las características de choque frontal propias del asalto a la playa. Sin embargo, es preciso evitar que el pensamiento se dirija a considerar este medio como la mejor forma de ejecutar el movimiento buque-playa, y los movimientos tácticos en el área de la cabeza de playa. Sin duda, el mayor radio de acción constituye una ventaja, pero la fuerza de desembarco necesita poder sostenido, en la forma de equipo pesado y movilidad en tierra firme. Las limitaciones del helicóptero para el transporte de cargas pesadas se agudiza en malas condiciones meteorológicas. La vulnerabilidad es alta; basta recordar que los Estados Unidos perdieron alrededor de dos mil de estas máquinas, batidas por una artillería antiaérea no necesariamente compleja. Además, en la práctica es difícil contar con todas las plataformas a flote necesarias para poder actuar en forma masiva con los helicópteros.

Conclusiones

Las operaciones anfibas tienen en la actualidad suma importancia, tanto dentro del eventual conflicto nuclear como, fundamentalmente, en las guerras de objetivo limitado.

Las fuerzas anfibas están plenamente integradas al poder disuasorio de un país, tanto por su capacidad de intervención rápida, ya sea en refuerzo de una

zona conflictiva o en respuesta, en otro punto periférico del territorio enemigo. Su presencia casi permanente frente a los posibles objetivos, sin provocar mayores tensiones internacionales, y su facilidad para alcanzar sorpresa, las constituyen en una excelente herramienta de la estrategia conjunta. Este último aspecto tiene un valor inapreciable en una guerra de corta duración cuyo cese puede ser impuesto por presión internacional, ya que la conquista de un territorio enemigo es una baza importante en las negociaciones posteriores.

El concepto actual de empleo de las fuerzas anfibas implica una mayor necesidad de medios sumamente móviles, inmediatamente disponibles y preparados. Cualquier operación anfibia futura incluirá fuerzas de asalto vertical en cantidades diversas. Sin embargo, aun cuando una proporción substancial de la fuerza de asalto sea desembarcada mediante helicópteros, seguirá existiendo la necesidad de flexibilidad táctica proporcionada por las fuerzas de superficie desembarcadas. Además, es fundamental para las operaciones de las fuerzas de desembarco que los grupos tácticos conserven su maniobrabilidad en tierra, bajo la forma de rápido desplazamiento terrestre. Lo anterior, dado que el desembarco vertical puede no ser tácticamente conveniente o factible para los elementos de asalto, en condiciones meteorológicas restrictivas o en un medio ambiente aéreo hostil.

Referencias

- FM FM 3-1.
- Apuntes de la Escuela de Guerra Naval de la Armada española.
- Apuntes personales del autor.